

puedo subir hasta la altura que deseara, mis amigos desde la infancia, ocupen el lugar distinguido que está reservado al genio. Y sí, ellos le conquistarán . . . porque nada está prohibido al genio, cuando á él va unida la constancia.

Solo para aquel que ignore la historia de nuestra Sociedad, puede ser desconocido un hecho peculiar á ella, y que me sirve en parte, de apoyo para fundar mis predicciones. Quiero hablar, Señores, de la marcha firme, siempre segura y progresiva que ha seguido esta asociación. En cada año se advierten adelantos no sólo parciales de los socios, sino comunes á toda la Sociedad. En el estado en que se halla, no es ya aquel niño cuyos pasos vacilantes, hacían temer á cada instante una caída; hoy es el joven robusto que, lleno de vigor, asienta con firmeza su planta. Concedora siempre de sus propias fuerzas nuestra Sociedad, nunca ha pretendido echar sobre sus hombros cargas, bajo cuyo peso sucumbiera: ni falsos brillos, ni seductoras apariencias la han hecho separarse del propósito que desde el principio tuviera. Tal sensatez en su marcha de niño, dá ocasión para esperar la mayor circunspección y cordura en la que siga, cuando esté ya amaestrada por la experiencia.

Tengo á la vista algunas memorias que sucesivamente se leyeron en el año escolar pasado por los presidentes al dejar su puesto; y ellas, á falta de los hechos, que se conservan aun muy frescos en nuestra memoria, nos demuestran el estado de adelanto á que llegó cuando cerró sus sesiones últimamente. Me cabe la satisfacción de haber sido testigo presencial de ellos y de haber contribuido, hasta donde pude, á su consecución.

Tales antecedentes, Señores; ese pasado que cada uno de nosotros puede repasar en su memoria, puro y sin mancha alguna, deben ser las más firmes y seguras garantías de nuestros progresos futuros. Hoy, á esto, debemos agregar también otra causa que influirá muy positiva y eficazmen-

te en nuestro engrandecimiento: la reforma de nuestro reglamento que debe tener lugar en el presente año. Ninguno de nosotros deja de abrigar en su mente proyectos más ó menos grandes, pero todos útiles, que sancionados como leyes, producirán ópimos frutos. Todos conocemos la importancia de esa reforma, y todos nos preparamos á ella pidiendo inspiraciones para el acierto á nuestro sincero entusiasmo.

Bástame haber tocado este punto, para comprender en su universalidad absoluta otros mil, que aislados, los debo pasar en silencio. Certámenes, biblioteca, plan de estudios, todo, todo lo comprende la reforma reglamentaria, y me prometo del buen sentido y sensatez de mis consocios, que todos esos puntos delicados, en cuyo arreglo, mas de una vez nos hemos extraviado, que esos problemas para nosotros, serán resueltos de una manera que acredite á la vez su buen criterio y su entusiasmo, y que contribuyan lo mas eficazmente posible al engrandecimiento y prosperidad de esta asociación.

¡Cuantos trabajos que llevar á feliz remate en el período de sesiones que hoy comienza! ¡Cuantas tareas, cuantas obligaciones! ¡Y cuan satisfactorio es para mí tener que anunciároslos aun en globo! Esto me prueba, Señores, que ya no estamos contentos con lo que somos, que ambicionamos dar pasos mas avanzados y que poseídos del convencimiento de que podemos realizar nuestros proyectos, con brío seguimos un camino dificultoso, pero al mismo tiempo lleno de inefables encantos.

¡Compañeros! Nuestra fé en el porvenir no puede ser estéril; esa fé, que según el mas sublime de los libros, es potente á arrancar de cuajo de las montañas para trasplantarlas en lugares lejanos, nos asegura que podemos realizar nuestras esperanzas. Nuestra juventud, ardiente con todo el entusiasmo que acompaña á la aurora de la vida, es capaz de grandes trabajos. ¡Adelante, pues, compañeros!

¡Que sea esta nuestra divisa: que poseídos del espíritu de nuestra época, siempre conozcamos la importancia social de nuestros trabajos; léjos de nosotros la idea de profanar el sacerdocio que hemos abrazado: acerquémonos silenciosos al santuario de la ciencia penetrados del convencimiento de la santidad de que se halla revestida, y trabajemos, sin descanso, en la grande obra! . . . Está próximo el día en que se nos pida cuenta de lo que somos: se acerca la hora en que nuestra patria, en que la humanidad toda nos llama en su auxilio . . . ¡Armáos fuertes, compañeros! . . . Vámonos á pelear en pro de la ciencia y contra las usurpaciones brutales de la fuerza . . . en pro de esa ciencia práctica del presente siglo, y no de la egoísta de los tiempos pasados . . . ¡Seámos dignos de ocupar un lugar en ese campo de batalla . . . ¡nuestros nombres en recompensa, quedarán para siempre grabados en las páginas de la historia!! . . .

¡Maldición eterna al que se opusiese á tan nobles aspiraciones! . . . ¡Que caiga el anatema de la humanidad sobre el que pretendiese cortar el raudo vuelo de la "Sociedad literaria de la Esperanza!" . . . ¡Que la posteridad blasfeme del que enerve la fuerza de nuestra unión, esa fuerza llena de vigor que debemos explotar en beneficio de los grandiosos intereses del género humano! . . . ¡Sí, del género humano, porque la fraternidad evangélica del siglo XIX no distingue al griego del judío, ni al romano del africano! . . .

Lejos de nosotros, compañeros, la idea de la destrucción de nuestra Sociedad. Aunque separásemos nuestras miradas del punto lejano que distinguimos allá en el porvenir; aun cuando, insensatos, dejásemos de apreciar en su justo valor los grandes intereses que se andan rozando con nuestras tareas, ¿podríamos abandonar la obra comenzada? ¿Y tantos ojos que nos miran? ¿Y tanta boca blasfema que solo espera una ocasión para aturdirnos con una carcajada de

sarcasmo? ¡Imposible, compañeros! Nuestra obra ha comenzado y ella será llevada á feliz remate.

Pero aún hay más: ¿quien de vosotros no siente los impulsos de esa pasión, hija del Cielo, que es potente á convertir las espinas de la vida en flores del paraíso, que en momentos de inefable placer que proporciona, paga con usura los padecimientos continuos que forman la suerte del hombre; esa pasión que eleva al hombre casi puede decirse, hasta darle los atributos de la Divinidad? ¿Quién de vosotros, compañeros, no ve en unos ojos adorados un porvenir de felicidad? ¿Quién hay que no acaricie la imagen de una mujer? ¿Quién cuyo corazón no se haya convertido en un santuario donde se le rinda el culto más puro y más ferviente, al objeto de un amor sin mancha? Pues bien: esas imágenes queridas, esas mujeres adoradas deben servirnos del estímulo más poderoso para seguir nuestra marcha. La mayor parte de nosotros carece de antecedentes y aun de aquellas cualidades que una sociedad necia busca en sus círculos; pero me envanezco en decir, que todos mis compañeros poseen circunstancias personales, que siempre serán estimadas por personas sensatas. Y si una mujer superior es el objeto de nuestras más ardorosas esperanzas, ¿cuanto no es necesario trabajar para presentarle algun día, una mano, que audaz, haya esculpido un nombre en los mármoles de la historia!! ¡Cuanta satisfacción debe coronar nuestros esfuerzos!! ¡En nombre, pues, de nuestro amor, yo os conjuro á seguir el camino comenzado!!

Señores; todos los más grandes móviles del hombre, nos agujijonean para no desviarnos de nuestro propósito. Nuestro deber nos lo manda, nuestro honor nos lo previene, y nuestro corazón está conforme en marcarnos la misma ruta ¿Qué habrá, pues, que haga pedazos nuestros proyectos? Nada, compañeros Yo os lo anuncio con certeza Adelante, pues, adelante Véis allá

á lo lejos un punto brillante adonde caminamos derecho?
 ¡Es la gloria! Saludádla desde el lugar donde os halláis...
 La historia os prepara una página, y la posteridad mil ben-
 diciones . . . ¡Salud y gloria para la "Sociedad literaria
 de la Esperanza"! . . . ¡Salud y gloria para sus miem-
 bros! . . . ¡Arrancad, á fuerza de trabajo de la posteridad
 las bendiciones de que os colma mi entusiasmo!
 Esta es otra obra, Señores, este es el premio de nuestras
 tareas, esta la recompensa única que debe llenar vuestros
 corazones. Merecedla, y vuestras cenizas serán siempre ve-
 neradas de las generaciones. Mis amigos: en nombre de la
 humanidad yo os conjuro á que jamás desmayéis
 Sed constantes, y yo también en nombre de la gloria os
 prometo un nombre ilustre. Dije.

Ociubre 28 de 1853.

(Inédito.)

Trabajo hecho á la edad de 23 años.

BORRADOR

DE LA CARTA ESCRITA AL DR. VILLALVAZO

Titulo: Cuestiones canónicas examinadas en sus relaciones con
 el Derecho natural, político y de gentes.—Carta primera:
 Examen sobre el espíritu del siglo en las cuestiones canóni-
 co—sociales.

Querido amigo:

Hoy, por fin, tomo la pluma para dirigirte la primera de
 mis cartas; hoy, rompo un silencio que guardé por algún
 tiempo contra mi voluntad y comienzo por mi parte la dis-
 cusión sobre aquellas cuestiones de grandes trascendencias,
 que más de una vez hemos tocado sin podernos poner de
 acuerdo en su resolución; partiendo ambos de principios
 opuestos, filiados en escuelas rivales, no era extraño que
 viésemos las cosas bajo distintos puntos de vista. Ni era
 posible que entonces examinásemos el valor de nuestras
 creencias; meras pláticas amistosas, distaban mucho de
 tener el carácter analizador de una discusión: ninguno de
 los dos cedíamos el campo de nuestras opiniones, porque
 ambos creemos que poseemos la verdad, y entonces un exa-
 men científico de ellas era casi imposible. Por tal motivo,
 y por examinar concienzudamente aquellas cuestiones, na-